

Sultana Wahnón, *El secreto de los Buendía. Sobre Cien años de soledad*, Madrid, Gedisa, 2021, 206 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.810-813>.

El origen de *El secreto de los Buendía. Sobre Cien años de soledad* data, en palabras de la propia autora, la catedrática de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada Sultana Wahnón, de 1992. Casi treinta años para escribir lo que, sin temor a la exageración, podemos calificar de obra maestra de la crítica (en el doble sentido, ya que *El secreto de los Buendía* es un ejemplo magnífico de crítica literaria extremadamente atenta, rigurosa, elaborada y minuciosa y un texto excepcional en la prestigiosa producción científica de Sultana Wahnón).

La afirmación que acabo de hacer necesita sin duda una argumentación, y la presente reseña intentará construirla siguiendo el recorrido de los capítulos que componen el libro, precedidos por una introducción en la que se exponen las circunstancias y las razones que motivaron su escritura. La “Introducción” ofrece no solo las claves interpretativas de la novela, muy originales e impecablemente argumentadas a lo largo del estudio, sino también la génesis y las etapas del proceso de investigación, articulado alrededor de “las resonancias judías” (p. 16) de la novela.

Pero ¿cuál es el “secreto de los Buendía”, por citar el afortunado título del trabajo de Sultana Wahnón, cuál es la tesis del libro? Como leemos en el primer capítulo, es “el origen judío de los Buendía” (p. 41). Es decir, “*Cien años de soledad* contaría la historia de América desde la perspectiva de una familia descendiente de judíos expulsados” (p.199). Narrar la gestación de una hipótesis y los avatares que la desarrollaron es explicar los fundamentos de una pasión crítica. Insisto en la importancia de la palabra pasión, porque el estudio de Sultana Wahnón destila pasión por el análisis atento y minucioso, por la *close reading* reivindicada desde la “Introducción”. La autora subraya que la lectura que ofrece *El secreto de los Buendía* y que ahonda en un interés ya muy vivo en los años noventa (interés centrado en los manuscritos de Melquíades) “no fue el fruto de un *parti pris* o compromiso previo por el que, de entrada y a causa de mis propios orígenes, yo hubiera estado predispuesta a leerla en clave judía” (p.15), algo imposible, ya que, como explica, en el momento de comenzar la investigación acerca de los manuscritos de Melquíades “ignoraba por completo que ése fuera el secreto escondido en los manuscritos”. No solo eso, sino que, añade, “ni siquiera sospechaba -y esto sería lo más importante desde el punto de vista

hermenéutico- que hubiera ningún secreto que descubrir”. Esta última confesión es muy significativa. La joven autora de los años noventa creía, según sus propias palabras, que no había ningún secreto que descubrir en *Cien años de soledad*, dada su condición de novela contemporánea y de obra abierta, que “no podía contener un *enigma* en el sentido clásico de la palabra”. Pero siempre hay un enigma en las mejores obras literarias (enigma que puede adoptar desde luego las más variadas formas y no es este el lugar para discurrir sobre un tema que me apasiona), obras que ofrecen a la vez el secreto y las elaboradas pistas para descifrarlo, y desde luego era el caso de *Cien años de soledad*, como demuestra brillantemente *El secreto de los Buendía*. Siguiendo el recuento de las etapas de su proceso de investigación, la autora explica que, a medida que este avanzaba, ella llegaba a la conclusión contraria a su creencia inicial: “no pude ya sino defender la idea de que el texto *descifrado* al final de la novela era, por extraño que esto resultara en pleno auge del relativismo posmoderno, el doble o reflejo especular de la novela en el sentido más estricto de la expresión” (p. 16).

Si me he detenido tanto en la “Introducción” a *El secreto de los Buendía*, es porque me interesa resaltar en esta reseña una dimensión muy significativa del libro, que no solo aporta una tesis muy iluminadora sobre *Cien años de soledad*, sino que constituye a la vez un modelo de aprendizaje crítico: sin abandonar nunca el máximo rigor y con una gran claridad expositiva (cualidad básica del presente estudio), la autora explica las claves y los hitos del propio proceso investigador. Un papel fundamental lo juega en este sentido Kafka, autor imprescindible tanto para García Márquez como para Wahnón, quien declara que su libro *Kafka y la tragedia judía* (otro magnífico ejemplo de *close reading* de *El proceso*) estaba encaminado de alguna manera a desembocar en el presente estudio sobre *Cien años de soledad*.

El primer capítulo, “Como la Biblia”, repasa la centralidad de la Biblia en la novela de García Márquez y afirma que la frecuencia con la que el autor colombiano cita desde el comienzo pasajes, motivos y símbolos bíblicos “habría estado motivada por el tema mismo de su novela” (p. 41). Es decir, si la crítica ha identificado de manera pormenorizada las huellas de la Biblia en *Cien años de soledad*, “ha faltado quizás interrogarse sobre su porqué” (40) y es esto lo que lleva a cabo, de modo muy minucioso y argumentado, *El secreto de los Buendía*. Sultana Wahnón realiza una lectura en extremo atenta de cada pasaje de resonancias bíblicas de la novela para argumentar, siempre muy apegada al texto, la genealogía judía de los Buendía. Aureliano Buendía, por ejemplo, aparece como inseparable de su actividad hermenéutica, de “exégeta del texto sagrado [...], figura que recordaría a los viejos talmudistas” (p. 55). Desde esta perspectiva, el capítulo llega a la conclusión de que “la estructura bíblica que el

autor le dio a la obra estuvo estrechamente condicionada por el tema: la historia de una familia que empezó siendo tan hebrea como las de Abraham, Jacob y Moisés, pero que terminó siendo tan cristiana como la Sagrada Familia” (p. 62). De ahí, sigue argumentando la autora, que “la división de la novela en dos partes, una llena de referencias hebreas y otra posterior plagada de referencias cristianas, se correspondería, pues, perfectamente con la propia repartición de la Biblia en el Antiguo y Nuevo Testamento” (p. 62). Este es, concluye, “el primer argumento a favor de ver en *Cien años de soledad* una de esas escasas novelas-poema del siglo XX en las que forma y contenido se dan en estrecha y perfecta correlación” (p. 62).

La insistencia en la adecuación entre forma y contenido (una de las dimensiones de las obras maestras) en el caso de la novela de García Márquez es otra de las constantes que atraviesa *El secreto de los Buendía* para constituirse como uno de los ejes estructuradores de la argumentación que el estudio va construyendo minuciosamente. En el segundo capítulo, “El sentido de un comienzo”, Sultana Wahnón adhiere explícitamente a “uno de los principios básicos de la teoría literaria del siglo XX (con origen en el Romanticismo), según el cual a toda profunda alteración en las técnicas narrativas le correspondería siempre, al menos en las grandes obras literarias, un cambio en la mentalidad o visión del mundo de sus autores” (p. 69). La impecable adecuación entre fondo y forma, subrayada varias veces por Sultana Wahnón en *Cien años de soledad*, es también un rasgo de *El secreto de los Buendía*. Se sigue perfectamente el hilo de la argumentación, del pensamiento de la autora, se proporcionan todas las pistas necesarias para descifrar el enigma, el “secreto” de la célebre familia, en un trabajo cuyo estilo muy sólido y riguroso es también placentero para la lectura, fluido, con una claridad no siempre frecuente en los trabajos académicos. La demostración iniciada en el primer capítulo continúa en el segundo: “Si los orígenes de la estirpe se sitúan en el siglo XVI, se debe a que la novela cuenta la historia de una familia instalada en América, pero de procedencia europea. El autor eligió, pues, como protagonistas de su novela a unos personajes que, aunque genuinamente americanos a las alturas del siglo XIX, no lo habían sido desde siempre” (p. 78-79).

En el tercer capítulo, “La trama”, se aborda una cuestión fundamental en la novela: su complejísimo tratamiento del tiempo, y se subraya en este sentido la gran deuda de García Márquez con Virginia Woolf, no solo con *Orlando* sino también con *La señora Dalloway* (esta última insuficientemente analizada por la crítica, según señala la autora). Si los estudios sobre el escritor colombiano han subrayado con frecuencia la estructura cíclica de *Cien años de soledad*, la novedad de *El secreto de los Buendía* radica al respecto en proponer la

simultaneidad de dos maneras de organizar la trama, “narrando tanto en sentido lineal-cronológico, como también en sentido cíclico-repetitivo” (p.109). Se trata, señala Sultana Wahnón, de una técnica muy trabajada de la repetición consistente en “*duplicar* -o incluso multiplicar, dando una borgeana sensación de infinitud-ciertas situaciones del pasado (o del futuro) en el presente, difuminando así los límites entre un periodo u otro de la historia” (p. 116). En opinión de nuestra estudiosa habría en *Cien años de soledad* dos estructuras, una lineal y otra no lineal, que denomina “*atemporal* [...]”, al margen del tiempo cronológico o histórico” (p. 119).

El cuarto capítulo analiza detenidamente la fascinante figura de Melquíades, cuyo propio nombre tiene una “elocuente etimología hebrea” (p. 128) y los indicios que apuntan “a la verdadera y más compleja identidad del personaje” (p. 129). Melquíades, que se define a sí mismo como un “fugitivo”, es en realidad, subraya la autora, “un *perseguido*” (p. 144), “un personaje que de entrada pudiera *parecer* gitano, pero sólo para al final acabar revelándose como judío” (p. 145), alguien que desvela con cautela su condición a través del episodio del regalo del laboratorio de alquimia a José Arcadio Buendía y mediante un sistema gradual de comunicación secreta destinado a que los judíos pudieran reconocerse entre sí.

El último capítulo examina la impronta decisiva de Kafka en García Márquez, quien lo cita repetidamente como su gran modelo a un nivel profundo, más allá de los “valores de superficie” que el colombiano atribuía al aprendizaje puramente técnico. Kafka y Woolf, sostiene Wahnón apoyándose en las propias palabras de García Márquez, constituyeron influencias muy profundas. Las deudas con el autor de *El proceso*, señala, “tanto cosmovisionarias como técnicas [...], atañerían a [...] los manuscritos de Melquíades: el lenguaje poético-metafórico o ‘en clave’” (p. 170) y a la elaboración de un bestiario en el que las *cucarachas* de Aureliano Babilonia juegan un papel importante. Se trata, subraya Sultana Wahnón, de la metáfora más kafkiana de la novela.

El secreto de los Buendía está escrito no solo con impecables rigor y originalidad científicos, también con talento literario (en este sentido Sultana Wahnón pertenece a la excelsa estirpe que podríamos llamar de críticos-escritores, como Walter Benjamin o Roland Barthes) y es, sin lugar a dudas, una referencia imprescindible para los estudiosos de *Cien años de soledad* y para cualquier interesado en esta monumental novela.

IOANA GRUIA
Universidad de Granada (España)
ioanagru@ugr.es